

E. MIRET MAGDA LENA

CUANDO les pregunto a mis hijos lo que piensan acerca de la Misa, todos me contestan al unisono: es un aburrimiento.

Y todavía más: cuando algún clérigo avanzado inventa una Misa para niños —sin saber por supuesto lo que es un niño—, los más pequeños de los míos me dicen: preferimos ir a la Misa de los mayores, porque la otra todavía es peor.

Y nada digamos del sermón. Ya es difícil escuchar homilias patriótico-religiosas como las que caían domingo tras domingo en nuestros oídos hace unos años. Pero no hemos mejorado apenas nada, porque en el mejor de los casos resultan o incomprensibles para el oyente medio a causa de su academicismo pseudoerudito, o vacías porque su exposición es meramente verbalista y muy parecida a aquella reflexión que, con sorna, hacía el filósofo John Hospers hablando de los principios morales que se reducen a tautologías, como la que decía aquel profesor de ciencias sociales que estudiando la huelga afirmaba a sus alumnos con profunda seriedad: la "huelga" se produce cuando los obreros dejan voluntariamente de trabajar, o las definiciones que hacía Pero Grullo, quien se quedaba tan tranquilo y satisfecho explicando que a la mano cerrada es a lo que se llama "puño", como si el mero hecho de dar un nombre a una acción o a un objeto fuese ya encontrar su causa.

Igual ocurre muchas veces con los predicadores. Hay oradores sagrados que se quedan satisfechos por el simple hecho de haber expresado en una retahíla de frases toda suerte de equilibrios y juegos verbales, dando nombres más o menos pomposos a las cosas, como si el simple nombrar y distinguir palabras fuese ya conocer la entraña de la realidad.

Sin duda, hay excepciones, como ocurre en una modesta parroquia madrileña de los Terciarios Franciscanos donde en ocasiones vamos a Misa. Hablan sin gran profundidad, pero lo hacen de la vida corriente y cotidiana con realismo evangélico, y todos les entendemos y nos ayuda lo que les escuchamos.

Sin embargo, la tónica predominante en las cosas de la Iglesia es el aburrimiento. A mí no me gustaba el Padre Dorronsoro cuando hablaba por la televisión, pero ahora es mucho peor. El grado de sopor que producen casi todos los nuevos videoparlatantes eclesiológicos es más propio de un barbitúrico que de un programa religioso. El tono de voz, los gestos y el contenido podrían ganar cualquier concurso soporífero de irrealidad. En mi opinión, los actuales hacen bueno al discutible Padre Dorronsoro, porque al menos éste hablaba con un tono corriente y se le entendían las cosas que quería transmitir y que decía en relación con la vida. Si me gustaban o no las cosas que decía y el género de vida que predicaba, es otro cantar.

Bien significativo de lo que digo fue lo ocurrido con la última Conferencia Episcopal. Por primera vez desde hace mucho tiempo,

los comentaristas religiosos dijeron que no había pasado nada de particular, que el tono fue sin estridencia alguna y que no hubo discusiones candentes: en una palabra, para quien sepa entender, lo que allí reinó fue el aburrimiento.

Los únicos casos un poco más vivos, y no del todo, fueron los del Obispo Añoveros y el del cura de Fabara. Monseñor Yanes, el secretario del Episcopado, lo confiesa así, aunque con su poquito de exageración optimista: "los casos del Obispo Añoveros y del cura de Fabara son signos de una Iglesia con vida". Digo con exageración, porque al final, en ninguno de los dos casos ha ocurrido nada.

Con el decidido y tozudo cura de Fabara (enhorabuena a esta tozudez aragonesa, dentro de la atonía general y de la carencia de personalidad que nos envuelve a la mayoría de los ciudadanos y de los creyentes), todo ha terminado, y yo creo que por obra del Arzobispo de Zaragoza, en un aburrido y desalentador silencio pasivo. Cuando lei la carta que los vecinos del pueblo de Azuara

¡QUE ABURRIDA ES LA IGLESIA!

le dirigieron a Monseñor Cantero pensé: ahora no tendrá más remedio que reaccionar el Arzobispo. Pero me equivoqué de medio a medio, porque no mostró la más mínima impresión. El lastre de cansancio, desánimo o desinterés que circula por las venas de nuestra Iglesia española —de aburrimiento, en una palabra— es capaz de apagar instantáneamente el más voraz incendio, porque las protestas minoritarias ocurridas son como una gota de agua en un gran lago tranquilo y reposado.

Aquella carta de los habitantes de este pequeño pueblo aragonés, cuyo cura se solidarizó con el de Fabara, era todo menos una carta aburrida: tenía vida y sentido común a toneladas. Pero no sirvió de nada: sus palabras han caído en corazones aburridos, y allí se apagaron.

Aquellas frases sencillas, pero contundentes como una catapulta, y que debían haber movido la más pesada roca sacándola de su cómodo lugar, han caído como una pelota en un colchón, sin que haya pasado nada y todo siga en aquella diócesis y en el país como si tal cosa. Ni la apelación al hecho real de que mil ciento veinticinco habitantes de los mil trescientos que tiene el pueblo la hayan sus-

critado con sus firmas, ni el razonamiento realista y lleno de respeto sincero, fueron bastante para hacer reconsiderar la decisión del Arzobispo con los veinticinco curas solidarios del de Fabara; ni el recuerdo del deseo vehemente que tienen estos feligreses de que continúe siendo su sacerdote Mosén Antonio, como lo tienen otros muchos feligreses con estos curas que le han salido respondones, prudentemente respondones, a Monseñor Cantero.

Pero no, hemos de seguir aburridos con nuestras Misas, rosarios y novenas anacrónicas, con sermones que no dicen nada, por más que parezcan renovados, y con actividades religiosas propias de otros tiempos que ya pasaron. En fin, que mediten nuestros Obispos sobre su futuro y el de la Iglesia, que tanto interés tienen en conservar. Porque yo creo que el porvenir lo tienen perdido. La juventud no quiere seguir aburriéndose, y buscará algo de vida fuera de nuestra Iglesia.

Ahora resulta incomprensible ya lo que hizo David bailando delante del Arca de la Alianza, o San Pascual Bailón ante la Eucaristía, o San Francisco de Asís cantando con los pajarillos, o San Felipe Neri gastando bromas y humoradas a los Cardenales de la Roma del Renacimiento. Ahora todo se nos hizo en la Iglesia serio, pesado y aburrido, y cuando queremos tocar las guitarras en la Misa y cantar durante ella, lo hacemos desmañadamente, sin brío, de modo que sería preferible muchas veces no hacerlo. Incluso la mayor parte de las veces que se quieren hacer renovaciones, todo se queda en discusiones de dimes y diretes entre progresistas y retrógrados.

Piense en ello nuestra Iglesia española, que se preocupa de sí comulgamos poniendo la forma consagrada en la mano, o tal costumbre está rigurosamente prohibida, como le pasa a nuestro Cardenal Primado; o se inquieta porque los curas ya no llevan sotana durante los actos eclesiológicos y litúrgicos oficiales, como le pasa al Obispo de Cuenca; o prohíbe libros escolares de religión que no tienen nada de particular porque les asusta a algunos padres de familia (anacrónicos creyentes que no piensan en el bien de sus hijos, sino en su comodidad mental). Y, en cambio, que piense esta Iglesia nuestra en que esos mismos jóvenes que se aburren con ella pasan tiempo y tiempo interesados en seguir los cursos de meditación, yoga o de budismo zen y practican sus consejos; o asisten por millares al monasterio calvinista francés de Taizé, y allí oran a su modo. Porque, eso sí, nuestros métodos de oración y meditación son tan pesados, tan poco vitales, tan ficticios o, a veces, tan sensibleros y tan aburridos, que sólo con nombrarlos se nos abre la boca.

Ojalá leyeran todos nuestros clérigos y obispos —retrógrados o avanzados— el libro de Harvey Cox "Fiestas de Locos" y aprendiesen a perder esa seriedad burguesa que criticaba Sartre y que nos invade y envilece. ■